

EL TIEMPO A TRECHOS

José SALAS Y GUIRIOR

La angustia del tiempo que pasa es una de las consignas espirituales que en nuestro tiempo está convirtiendo a la vida en simple existencia. La existencia es el más consiguado esquema de la vida. Casi su caricatura. Pero nada más. Y uno, que ama la vida con toda su sonrisa, con rable encanto que la hace levadera, sino áurea y fuerte, como el conjunto vital de sus latidos, se angustia de esa angustia que anda por el mundo como un fantasma. Uno, que ama la vida con sus máximos adornos, se apesta de ver cómo el mundo la mira pasar entre helados tiritones de miedo. Quisiéramos aliviar esos miedos más anchos, más densos que los de las edades remotas, quisiéramos convertirlos en conusa esperanza.

Porque cada año, en su fecha meriza y clave, el reloj de su alma arena que cada hombre va en el corazón da un toque alerta. Y entre grano y grano entre latido y latido, se desin un miedo minúsculo y delgadique no entiende la bella can-de Jorge Manrique, aquel esta-soldado, para quien las vieran ríos que iban a parar al mar, al mar del morir y del crecer. del revivir en los caudalosos y eternos ríos de Dios, siempre con una primavera prendida en sus márgenes.

Pero no es cuestión de considerar en sus hitos de calendario como acopio de recuerdos o arrumbo de meses. La poesía de vivir es el antibiótico y la panacea de ese miedo filosófico que lleva a la existencia a trancas y barrancas en vez de a honrados trechos. Ecos trechos que se llaman años y que deberíamos acoger con alegre esperanza. Sobre todo en los tiempos desesperanzados que vivimos. Porque los dados que se echan en la mesa de nuestras incertidumbres

en el último desgranar de nuestro corazón en cada año o cada trecho pueden traernos muy buenos puntos. Por ejemplo el trébol de la Europa perdida, la herradura para las buenas cabalgaduras en misiones de fe o un latido de primero de año que crezca en amor y se vuelva, más allá de uno mismo, en nube, o en sonrisa, o en qué sé yo . . .

La vida en meridianos de tiempo, la vida a trechos, con hitos, al mar de cada uno... No hay por qué tenerle miedo a ese camino, tan generoso, que en cada primero de año, nos nuestra un nuevo panorama que se ensancha aunque sea disfrazándose de esperanza pura. Es un buen camino que se nos aligera dulcemente cada vez que se nos abre un año, irisadamente, como un abanico antiguo.

Y es que, a fin de cuentas, siempre tiene uno que volver a los más antiguos sabores, aunque no sea más que para centrar el paladar del alma, que es tanto como dar con el quid de las cosas. Por eso, en estas meditaciones, no tiene más remedio que echar mano del consabido "año nuevo, vida nueva" y lanzarlo como un chafarrinón más o menos subversivo, pero sano e higiénico como pocas cosas, sobre la delicada arquitectura de esos temblores que por andar por nuestro tiempo tan de moda son también un poco nuestros. Lo de "vida nueva" tiene sabor de ronto y seña militar. De clarín con acompañamiento de gallos mañaneros.

Porque hace falta mucho empuje para imponerse sobre los dados de la suerte y esperar al futuro con una afirmación. Aunque esa afirmación sea tan humilde como para zurcir y remendar las equivocaciones de otros años que también empezaron alegrementes.